

Crisis religiosa en Italia:

problemas y perspectivas

LOS italianos, en el plano religioso, no disfrutaban en el extranjero de una buena fama. Los que emigran, sobre todo los trabajadores, abandonan toda práctica o, si van a la iglesia, se hacen notar inmediatamente por su ignorancia y por su apego a ciertas prácticas exteriores, a las que, sin embargo, se moteja con demasiada rapidez de supersticiones. Los extranjeros que vienen a Italia se sorprenden también de ver, en muchos lugares, las iglesias medio vacías los días de fiesta y se desconciertan por la manera como la religión es vivida y practicada. Hasta tal punto que muchos se preguntan si el pueblo italiano es religioso o, si no es, al contrario, en lo más íntimo de sí mismo, profundamente escéptico, aun conservando un barniz de religiosidad. Además, es un hecho que Italia posee el triste privilegio de tener el partido comunista más fuerte de todos los países del mundo occidental (1).

Por eso la pregunta surge espontáneamente: ¿cuál es hoy la situación del catolicismo en Italia? ¿Es que nos encontramos en un país que se encamina rápida e inevitablemente hacia la descristianización total? ¿O bien no se trata más que de una crisis, terrible ciertamente, pero superable: una crisis que pudiera resolverse por la aparición de un cristianismo quizás menos numeroso, pero más vigoroso y más auténtico? Las pocas páginas que siguen quisieran contestar a esta pregunta.

Una cuestión compleja

Digamos enseguida que no es fácil, por tres razones, la respuesta. Primero, faltan estudios científicos de sociología religiosa que abarquen todo el territorio italiano o al menos partes notables de ese territorio: los mejores ejemplos de encuestas sociológicas son las de

Giuseppe de Rosa, S. J.

don A. Leoni (Sociología y geografía religiosa de una diócesis, Roma, 1962) y de don A. Toldo (Resultados de la encuesta sobre la asistencia a misa los días feriados en la comuna de Bolonia, Bolonia, 1960), pero se limitan a la diócesis de Mantua y a la ciudad de Bolonia. En 1962, el Instituto Doxa hizo una encuesta sobre la frecuencia de la asistencia a misa dominical de los italianos. La pregunta: "¿Ha ido usted a la iglesia el domingo?" se prestaba al equívoco, ya que alguien podía haber ido a la iglesia y no haber atendido a la misa. No se podía, por consiguiente, fiarse de los resultados obtenidos, según los cuales el 53% de los italianos van a la iglesia el domingo. Una encuesta muy reciente de don S. Buralassi se refiere a la frecuencia

(1) Si se añaden a los comunistas los socialistas, que en lo tocante a la hostilidad al cristianismo no difieren nada de aquéllos, hay cerca de 40% de italianos que apoyan con sus votos a principios y a partidos expresamente ateos y anticristianos.

de la comunión en Italia (*Humanitas*, enero 1964). Otras encuestas, hechas aquí y allá, son todavía más parciales o no son de valor científico.

La respuesta también es difícil por otra razón. Cuando se habla de Italia, el mayor peligro es generalizar. Si en efecto geográficamente es un país pequeño (claramente menor que España ó Francia), sus 50 millones de habitantes difieren entre sí por el temperamento, las tradiciones históricas, culturales y sociales, el nivel de vida y la formación religiosa. Esto se refiere, en primer lugar, a los factores geográficos y climáticos que van del frío "nórdico" de los Alpes al calor "africano" de Sicilia, pero sobre todo a las vicisitudes históricas de Italia: de hecho, en el curso de su historia casi trimilenaria, la península italiana ha sido teatro, más quizá que ninguna otra tierra, de guerras, de invasiones, de conquistas, en las que han tomado parte los pueblos más diversos. El resultado ha sido la parcelación del país en un hormiguero de pequeños Estados y la creación de muchos centros de irradiación, de ideas y de costumbres: así, si Francia no tiene más que una capital, París, Italia tenía y sigue teniendo varias. Por eso, la unificación política del país, sucedida en 1861, pero concluida solamente con la vuelta de Trento y de Trieste a Italia, después de la primera guerra mundial, no significó la unidad económica, social y cultural. Solamente estos últimos años, con el enorme movimiento migratorio y el esfuerzo de los gobiernos de después de la guerra para ayudar a las zonas desheredadas del país, la unidad italiana ha comenzado a realizarse efectivamente.

También desde el punto de vista religioso Italia presenta notables diferencias. Ciertamente los italianos son todos católicos, en el sentido de que todos son bautizados católicos. Protestantes y judíos son una ínfima minoría. Pero si se examina la estructura de la mentalidad religiosa de los italianos, se observa sin dificultad que hay muchas divergencias entre la manera como la religión es vivida en una región del Sur y la manera como es vivida en un rincón de Emilia o de Venecia. Y eso, porque la vida religiosa de las diversas partes de Italia ha padecido el contrgolpe de múltiples acontecimientos políticos y sociales y porque se resiente de las condiciones económicas y culturales notablemente diversas de regiones en regiones. No es, pues, posible hablar de un "catolicismo" italiano, aunque sea posible observar en el catolicismo tal como es vivido por los italianos algunas características comunes.

El tercer factor que hace difícil dar un juicio preciso y exhaustivo sobre la vida religiosa de los italianos es la dificultad de establecer cuáles son los elementos que miden el grado de religiosidad de un pueblo. En general, se tiene la costumbre de tomar como criterio fundamental la práctica, en particular, la asistencia a la misa dominical. Si se considera este solo elemento, debe decirse que Italia, con algunas posibles excepciones, no tiene un nivel elevado de vida religiosa. No es posible apoyar este juicio en datos rigurosos porque faltan estadísticas sobre la asistencia a la misa en toda la península. Pero se puede formar alguna idea haciendo el domingo una vuelta por las iglesias. El fenómeno es grave, sobre todo en las grandes ciudades, donde, a causa de la inmigración masiva procedente de los campos o de las pequeñas aldeas, han nacido muchos barrios, a veces sin iglesias o con ca-

pillas pequeñas. Los inmigrantes que, ya en su país de origen, no practicaban o iban a misa por presión social más que por convicción, una vez instalados o asentados en los barrios abandonan toda práctica.

La práctica religiosa en Italia

¿Es posible, sin embargo, tener algunas precisiones sobre la práctica religiosa de los italianos? A falta de estadísticas generales, presentaremos algunos datos parciales, subrayando que se refieren a situaciones locales determinadas y que si permiten una primera aproximación no podrían mirarse como igualmente válidas para toda la península. Es importante también observar que se trata de estadísticas ya antiguas, que no tienen en cuenta el fenómeno más importante de estos últimos años, desde el punto de vista no solamente político y social, sino también religioso: el fenómeno migratorio. Según la encuesta hecha en 1948 por don Leoni en la diócesis de Mantua (Italia del Norte), 37% de los que estaban obligados asistir a misa, bajando la proporción de los habitantes urbanos al 35%, con fuerte predominio de las mujeres sobre los hombres, de los niños y de los jóvenes sobre los adultos; en la diócesis, 60% de los católicos, y en la ciudad, 57% cumplieron con Pascua. Según la encuesta hecha por don Toldo, el 15 de noviembre de 1959, en la ciudad de Bolonia (Italia central), 109.253 de los 425.327 habitantes han ido a misa, es decir, el 24,13%, ya también, para las respuestas explícitas, 38.357 individuos de sexo masculino (37,3%) contra 64.230 del sexo femenino (62,7%).

Cuanto a la edad, los cristianos practicantes tienen en muy gran mayoría entre 8 y 15 años, las cristianas entre 8 y 20 años (2). Después de los 15 años para los hombres y 20 para las mujeres, se produce una fuerte caída de la práctica hasta los 35 años, cuando comienza un movimiento de retorno que alcanza su cima después de los 65 años. Consideradas desde el punto de vista del estado civil y de la vida familiar, las cifras muestran que 16,39% solamente de los jefes de familia en Bolonia van a la misa, mientras 13,69% de los hombres casados. El 23,87% de los hombres solteros van a misa, pero 13,69% solamente de los hombres casados. Antes de su matrimonio, 35,3% de las jóvenes van a misa, pero 19,85% de las mujeres casadas; 71% de las familias practicantes de Bolonia tienen a lo más uno/dos hijos, señal de que la crisis religiosa está ligada a una crisis moral de la familia de que es a la vez causa y efecto.

Si nos ponemos desde el punto de vista de la cultura y del trabajo, se observa que la práctica religiosa es mayor entre los miembros de las profesiones liberales y de los empleados, menor entre los obreros y los campesinos; se observa también que la mayor parte de los que van a misa pertenecen a la población no activa: "En Bolonia, nota don Toldo, 15,7% de la población activa va a la misa, y solamente 7,8% de los obreros que trabajan en industrias privadas. En otras palabras, una gran división está plantada en el corazón de la iglesia boloñesa: 80/85% de la clase obrera de Bolonia no va regularmente a misa." En las ciu-

dades se nota que la asistencia a la misa es mayor en el centro y en la zona residencial burguesa, menor en las zonas donde viven las familias de las clases media y popular y mínima en la zona industrial: 11,43%.

Como lo hemos dicho, los resultados de Bolonia no pueden aplicarse a toda Italia. La situación religiosa de Bolonia es efectivamente particular. Desde hace como un siglo, el anticlericalismo y el marxismo han echado allí raíces abundantes y vivas. Hasta tal punto que hoy es una de las ciudades más comunistas de Italia. El 28 de abril de 1963, sobre 336.589 votantes, los comunistas obtuvieron 135.999 votos (40,4%), los socialistas 40.073 (11,9%), los socialdemócratas 31.636 (9,4%), los liberales 37.321 (11,1%), los demócratas cristianos no recogieron sino 71.342 (21,2%).

Sin embargo, en lo que toca a las aglomeraciones de grande y media importancia, la situación en el resto de la península es generalmente más o menos cercana a la de Bolonia. En Roma, por ejemplo, en 1950, del 25 al 30% de los habitantes iban a misa. Pero es muy probable que hoy el porcentaje sería menor, porque desde 1950 a nuestros días Roma se ha aumentado con 500.000 nuevos habitantes, en la mayor parte inmigrantes que vienen del centro o del sur, es decir, de regiones donde la práctica es floja.

Se imagina generalmente que la práctica religiosa es mayor en el campo. En realidad, esto no siempre es exacto. Así, mientras en las zonas agrícolas y montañosas de la Lombardia y de Venecia son ejemplares, en algunos rincones de la Emilia, de la Umbría y de la Toscana la situación es peor que en las ciudades; y en las regiones agrícolas del sur, la asistencia a la misa, especialmente de los hombres, es muy reducida. En una palabra, si se mide la vitalidad religiosa de los italianos por la fidelidad a la misa dominical, debe reconocerse que la de los italianos es notablemente débil.

El italiano nunca es completamente extraño al cristianismo

Sin embargo, hay que tener en cuenta otros factores para apreciar la vida religiosa de los italianos. Así, el italiano, aunque no practique regularmente o no practique del todo, no se considera generalmente como ajeno a la Iglesia y al cristianismo: se declara católico, quiere que sus hijos sean bautizados y educados religiosamente, quiere que hagan su primera comunión (por el contrario, se atiene menos a la confirmación, quizás por ignorancia de la naturaleza de este sacramento). Desea que frecuenten la iglesia, hasta el catecismo, entiende él mismo casarse ante el sacerdote y tener funerales religiosos. De hecho, los italianos que rehusan positivamente hacer bautizar a sus hijos son muy raros, salvo en ciertas partes de la Emilia. Los matrimonios y los funerales civiles son igualmente poquísimos, aunque se compruebe un cierto aumento, estos últimos años, especialmente en las regiones donde el liberalismo anticlerical y agnóstico, luego el comunismo ateo, han trabajado más.

¿Qué valor debe concederse a estos hechos? ¿Se deben solamente a la presión social y a restos de costumbres fuertemente arraigadas, de naturaleza a veces supersticiosa? ¿O bien un signo de religiosidad, de una religiosidad primitiva, ciertamente y oscura, pero no apagada? Es difícil negar que la presión social tenga su parte. No hacer bautizar a sus hijos, casarse civilmente o rechazar los funerales religiosos son cosas que la gente no mira bien y hasta condena con vigor. Sin embargo, esas prácticas recubren también, con frecuencia, un auténtico sentido religioso, el deseo de mantenerse en relación con Dios y con la Iglesia, aunque para lo inmediato se ensombrezca en la indiferencia y el descuido. En otros términos, el italiano, aunque se aleje de Dios y falte a sus deberes religiosos, sigue siempre de alguna manera ligado a la fe cristiana. Así desde el punto de vista pastoral se conserva la posibilidad de reanimar ese resto de fe cristiana que alienta bajo las cenizas del indiferentismo y del anticlericalismo: esos dos fenómenos en que se expresan la arreligiosidad o la irreligiosidad de los italianos; porque estos últimos rara vez están contra Dios, sino muy frecuentemente contra los sacerdotes.

Hay que añadir, empero, que la situación evolucionaría actualmente de una manera notable. Cada vez es más fácil encontrar a gente que declara no ser ya católicos, no querer ninguna relación con la Iglesia y ser ajenos al cristianismo. Especialmente entre los jóvenes, la crisis de la práctica religiosa se acompaña con bastante frecuencia por una crisis de la fe y de la ruptura de todo lazo, aun sentimental, con el cristianismo. Muchos factores contribuyen a ese proceso de despegamiento progresivo y pronto total, del cristianismo. Al acumularse, esos factores se refuerzan frecuentemente los unos a los otros.

Factores de descristianización

Dos grandes fenómenos han caracterizado a la Italia de postguerra, la industrialización y la urbanización. País antaño principalmente agrícola, Italia ha llegado a ser en algunos años un país en mayoría industrial. En octubre de 1963, la industria ocupaba 8.089.000 personas, y las actividades terciarias, 6 millones 276.000, mientras que la agricultura no ocupaba sino a 5.499.000. Se asistía al mismo tiempo a una urbanización masiva correspondiente a la despoblación de los pequeños pueblos y a un éxodo rural generalizado. Toda la población italiana se puso, por decirlo así, en movimiento, lo que engendró graves problemas sociales, económicos y políticos, y agravó viejos desequilibrios. Los efectos de estos cambios en la vida religiosa son fáciles de entrever. El campesino hecho

(2) Sin embargo, aun para los niños y los jóvenes de ambos sexos entre los ocho y quince años, la asistencia a misa, si se manifiesta relativamente elevada con relación a las otras edades, era más baja de lo que se preveía, porque no era más que del 38% para los jóvenes y del 41% para las jóvenes, lo que significaba que 62% de los jóvenes entre 8-15 años y 59% de las jóvenes entre 8-15 años no asistían regularmente a misa.

obrero ha encontrado en la fábrica un ambiente indiferente y con frecuencia ordinaria hostil al catolicismo; frecuentemente no ha logrado integrarse, aun físicamente, en la vida urbana; solamente ha podido alojarse en la periferia, es decir, en barrios sin iglesia y sin sacerdotes; a veces no ha encontrado más que una barraca y ha sido entregado a la promiscuidad y a un profundo abandono espiritual: si ha escapado a la miseria, ha sido tomado por la única preocupación de ganar lo más posible, al mismo tiempo que disfrutar de las comodidades y de las diversiones que le ofrece la ciudad. Tomado así en el torbellino del materialismo, se desinteresa por completo de las realidades religiosas. Por otra parte, la ciudad, que no estaba dispuesta a acogerlo físicamente, no lo estaba tampoco a hacerlo en lo religioso y espiritual. Queda, pues, al margen de la vida religiosa de la ciudad y pierde todo contacto con la Iglesia.

Hay que observar, sin embargo, que la industrialización y la urbanización no han creado, sino sólo agravado y revelado, una crisis religiosa que ya existía. Si el que ha pasado de la agricultura a la industria y del campo a la ciudad ha abandonado toda práctica, por el solo hecho de haberse encontrado fuera del ambiente a que estaba acostumbrado, ello significa que ya antes su religión era completamente de costumbre y de tradiciones familiares y locales, y no expresión de una convicción personal. Cuando las estructuras han desaparecido o se han modificado, todo se hundió como un castillo de naipes. Tocamos aquí el punto más doloroso de la situación religiosa italiana. Dijimos más arriba que en Italia todos se consideran como cristianos y todos quieren más o menos ser cristianos, pero ¿de qué cristianismo se trata? Difícil es afirmar que se trata en muchos casos de una fe auténtica. Hay un cierto sentimiento religioso, pero si se araña un poco la superficie y se va al fondo, se encuentra ante todo una enorme ignorancia. No se conocen siquiera las verdades más simples y fundamentales de la fe cristiana o, por lo menos, no se tiene de ellas sino un conocimiento muy aproximativo. Hasta se está impresionado por la abundancia de casos de incredulidad pura y simple, es decir, de negación abierta de la divinidad de Jesucristo, de la vida eterna, del infierno, de la providencia, sin hablar de la Iglesia, de la infalibilidad del Papa y de la confesión... A veces, en vez de la negación, es la duda o simplemente un escepticismo elegante y todo se resuelve con un levantamiento de hombros, un "¿quién sabe!!" o "usted quizás tenga razón, pero, de todas maneras, son cosas que no me interesan". Otras veces, el sentimiento religioso se reduce a creer en el poder de ciertos santos, en la eficacia de ciertas prácticas religiosas o también en el apego a algunas formas de devoción popular; es difícil decir lo que en todo caso corresponde a una auténtica vida religiosa y lo que debe atribuirse a la superstición. Sin duda sería más exacto hablar de ignorancia religiosa. El sentimiento religioso, en sí mismo auténtico, toma entonces vías atravesadas o se extravía en virtud de esa ignorancia misma.

Pero la crisis religiosa de Italia no brota solamente de la industrialización y de la urbanización: la explosión comunista, al poner brutalmente al desnudo, también ella, la situación real del catolicismo en Italia, contribuía igualmente a degradarla.

El comunismo, factor de disgregación religiosa

El éxito tan rápido y tan amplio que ha logrado en Italia de postguerra y que sigue conociendo hoy el comunismo, es ciertamente uno de los fenómenos más extraños de la historia italiana contemporánea. Todavía se buscan sus razones. Seguramente tiene sus raíces en las condiciones económicas y sociales particulares en que Italia se encontraba después de veinte años de dictadura fascista y después de una guerra desastrosa. Sin embargo, si el éxito del comunismo ha podido ser tan amplio, si ha logrado reforzarse todavía, a pesar del esfuerzo de la Iglesia por contenerlo, se debe igualmente buscar su motivo en la crisis de los valores morales y religiosos de que Italia ha sido y sigue siendo teatro. Todo el mundo sabe ahora, en Italia que la Iglesia ha condenado al comunismo y que no se puede a la vez ser católico y comunista; todo el mundo sabe que el comunismo es materialista y ateo, que combate a la religión y suprime la libertad, aunque no todos se den cuenta de lo que esto significa e implica. Y, sin embargo, en toda elección, los comunistas van en progreso; de 1958 a 1963, han pasado de 6.704.454 a 7.763.854, es decir, que han aumentado en 1.059.400.

Evidentemente, todos los que votan por los comunistas no aceptan su doctrina. Muchos no ven en el comunismo más que una fuerza de oposición capaz de cambiar una situación política y económica de que están descontentos. O también no ven en él sino una fuerza de presión, es decir, que votan por los comunistas sin desear que ellos lleguen al poder, pero con el fin de que los partidos que gobiernan, impresionados por la fuerza electoral de los comunistas, hagan aquellas reformas que de otra manera no se harían. Sería injusto e inexacto, por consiguiente, decir que todos los que votan por los comunistas son ateos o han abandonado el cristianismo (3).

Sin embargo, la adhesión a un partido y a una ideología condenadas por la Iglesia, si no significa por sí misma el abandono total del cristianismo, indica ciertamente que algunos millones de italianos no tienen ninguna o casi ninguna cuenta con la Iglesia y sus mandatos, ni en general con los valores religiosos que corren peligro de arruinar al reforzar el comunismo. Esto indica, sobre todo, que en su elección, Dios, la fe, el pecado, no cuentan; y que solamente cuenta a la inversa el bien material al que están dispuestos a sacrificarlo todo, sin sentir ningún malestar espiritual y aun sin preguntarse si su actitud es incoherente o en contradicción con el cristianismo que pretenden profesar. ¿Puede verse en ello otra cosa que ateísmo o materialismo prácticos, una rotura de hecho con el cristianismo?

(3) Hay que añadir también que el partido comunista italiano, si gana terreno en cada elección, pierde cada año algunos inscritos: de 1953 a nuestros días, cerca de 900.000 inscritos no renovaron su tarjeta. Esto no quiere decir que hayan abandonado enteramente el comunismo o que no voten por él: prueba solamente un interés menor por el partido y por la ideología comunista o quizás la desilusión de que la Gran Tarde, después de veinte años, todavía no haya llegado.

Pero el comunismo —y no únicamente él, porque habría que añadirle otros movimientos políticos e ideológicos anticristianos, hostiles o indiferentes al cristianismo— no revela solamente la profunda crisis religiosa del pueblo italiano. Es también un elemento de disgregación religiosa y moral; es un factor poderoso de descristianización porque profesa y propaga el ateísmo y el materialismo. Combate a la Iglesia y a su influjo con un encarnizamiento y una tenacidad increíbles, apoya y protege todos los focos de inmoralidad que nacen en el país, con la intención determinada de degradar la moralidad individual y familiar. Los éxitos que han logrado se deben al hecho de que, gracias a una política audaz, astuta y totalmente libre de escrúpulos, ha conseguido conquistar casi todos los instrumentos de comunicación social e infiltrarse en todos los organismos que de alguna manera ejercen su influjo o una función social. De hecho, hoy, el cine, la producción de novelas, la crítica literaria o cinematográfica, está en mayor parte en manos de los comunistas, quienes disponen además de algunas de las casas editoras más ricas y más conocidas, como Einaudi en Turín, Feltrinelli en Milán, Laterza en Bari. Los comunistas son asimismo numerosos entre las élites cultivadas. Muchos profesores de universidad son expresamente comunistas. Y en las escuelas secundarias, algunas disciplinas bastante importantes, como la filosofía, la historia, el italiano y las ciencias, son en gran parte enseñadas por profesores comunistas que difunden abiertamente el ateísmo, critican al cristianismo y a la Iglesia. Por fin los comunistas se esfuerzan por estar presentes dondequiera que hay posibilidad de ejercer un influjo político y cultural y obtienen notables resultados.

A esta acción anticristiana, presente o pasada, los católicos no han sabido, o quizás podido, oponer una contraofensiva válida. La mayor parte del tiempo se han contentado con resistir o con defender sus propias posiciones, pero rara vez han pensado en construir, y cuando lo han hecho no lo han logrado siempre. Si se considera la historia de los últimos cien años, se observa que Italia, política y culturalmente, se ha hecho sin ellos y aun frecuentemente contra ellos. Han quedado, hasta después de la guerra, al margen de la vida política y cultural, en una actitud de noble protesta. Este hecho explica en gran parte por qué el catolicismo, en Italia, está débilmente estructurado y no logra sino muy parcialmente detener el proceso de descristianización que cubre al país bajo el impulso de la industrialización y de la urbanización.

La debilidad del catolicismo italiano

El único gran éxito de los católicos italianos, después de la guerra, tuvo lugar en la esfera política: efectivamente, han logrado conquistar políticamente un Estado que había nacido en oposición a los principios defendidos por ellos. Pero no se ha tratado de un éxito solamente electoral. En veinte años de poder han logrado, aunque sólo en cierta medida y no sin errores ni tanteos, dar a Italia, al menos bajo el aspecto social y económico, un rostro más cristiano, asegurar la paz religiosa, contener a pesar de todo el avance

amenazador del comunismo, librar a los católicos de sus complejos de inferioridad política y social. Sin embargo, este éxito ha tenido sus sombras: en algunos medios ha reforzado la aversión contra la Iglesia y el clero, a los que se han imputado los errores cometidos por los políticos católicos o sus debilidades morales. Para muchos italianos, la era de la Iglesia se ha identificado con la era de la democracia cristiana. Y algunos que conservaban todavía algunos lazos con la Iglesia los han roto definitivamente a causa de su aversión por el partido demócrata-cristiano. Por otra parte, la necesidad para la Iglesia de oponer un frente católico fuerte y unido a la amenaza comunista ha hecho que se encontrara obligada a intervenir en la vida política para recomendar a los católicos la unidad de voto; se siguió que algunos miembros del clero no han sabido mantenerse en los justos límites y con demasiada frecuencia se han ocupado de política, enajenándose así el alma de los fieles.

Pero si la estructura política de los católicos italianos, a pesar de algunas recriminaciones y algunas señales de fatiga, permanece sólida, las estructuras propiamente religiosas del catolicismo italiano sí que son frágiles. La primera debilidad, y la más grave, del catolicismo italiano se refiere al clero. Hay hoy en Italia cerca de 58.000 sacerdotes, de los que unos 14.000 son religiosos; en 1871 eran casi el doble, unos 110.000. Por consiguiente, mientras la población italiana se ha doblado, el clero ha disminuido la mitad en un siglo, y la regresión continúa. Italia cuenta hoy con un sacerdote por cada 1.109 habitantes (con los religiosos, un sacerdote para cada 820 habitantes). La media parece buena, pero es engañosa porque están los ancianos, los enfermos y todos los que se ocupan en la administración. Por otra parte, el clero está muy mal repartido. Al lado de regiones más favorecidas, como la Venecia y la Lombardía, hay regiones pobres, como la Toscana, la Lucania y la Cerdeña. De manera más localizada, en las grandes ciudades, mientras que las parroquias del centro están bien servidas, las de la periferia, en general demasiado grandes, tienen un clero demasiado poco numeroso. Pero los problemas del clero italiano no son solamente los de la insuficiencia numérica o del mal reparto, son, ante todo, los de la formación y de la preparación al apostolado de hoy en un país en transformación rápida como Italia. De hecho, sería difícil afirmar que la formación que recibe hoy el clero italiano en los seminarios es, fuera de algunas excepciones, la que las condiciones religiosas difíciles de la Italia de hoy reclamarían, tanto en el plano cultural como en el apostolado.

La segunda debilidad del catolicismo italiano es la falta de eficacia de la parroquia. En realidad, hace unos treinta años, la parroquia había comenzado a ser, en Italia, un foco de irradiación cristiana; la renovación litúrgica, aquí y allá, había comenzado bien; sobre todo, la parroquia era el centro de actividades educativas: los jóvenes y los niños encontraban en ella formación y esparcimiento. El verdadero ciclón que representaron las últimas migraciones, entre otras causas, provocó una crisis de las parroquias: deserción de las pequeñas parroquias de montaña, donde el sacerdote se siente cada vez más aislado y deprimido, enorme crecimiento de las parroquias de las grandes ciudades y de los lugares de trabajo, creando el fenómeno, sub-

rayado arriba, de los desarraigados espirituales. Esas parroquias que ya antes tenían mucho que hacer tanto para conservar a los fieles cuanto para atraer a los alejados, han sido desde entonces sumergidas. Se muestran claramente incapaces de hacer frente a la tarea nueva y más difícil que consistiría en integrar los emigrados en la comunidad parroquial. Sin embargo, la crisis actual es poca cosa en comparación de lo que pudiéramos llamar el mal crónico de la parroquia italiana, comprendida como célula fundamental de la vida religiosa: no educa a los cristianos, que, de hecho, permanecen en la ignorancia religiosa. Las estructuras catequéticas son pasablemente débiles y no llegan generalmente más allá de la primera comunión. Los casos de catequesis de adultos verdaderamente eficaces son raros. En general, el italiano se siente ajeno a la parroquia; no se ocupa de ella, lo más ordinariamente, sino con ocasión del bautismo de sus hijos, del matrimonio y de los funerales. A veces, ni siquiera sabe cuál es su parroquia y va a cualquier iglesia.

He hablado del grave fenómeno de la ignorancia religiosa. No se explica solamente por la ineficacia de las parroquias desde el punto de vista catequético. De hecho, en Italia, la religión católica se enseña también en las escuelas, de tal manera que todos los jóvenes italianos tienen cada semana una hora de enseñanza religiosa obligatoria, a menos que sus padres pidan se les dispense de ella. Esta hora forma parte de los programas escolares. ¿Cómo explicar entonces una ignorancia tan grave de la religión en quienes han frecuentado la escuela hasta los 18 años? No es fácil decirlo en pocas palabras. Basta comprobar que la enseñanza de la religión, en la escuela pública como en la privada, no ha dado ni da los frutos que se pudieran esperar. La culpa es ciertamente de las condiciones gravemente desfavorables en las que se desarrolla tal enseñanza, pero también (en muchos casos) de los sacerdotes que enseñan, con frecuencia mal preparados o inadaptados a ese trabajo y a veces demasiado acaparados por otras ocupaciones.

Otra gran debilidad del catolicismo italiano está en la falta de cultura católica: no se puede decir que falte totalmente, pero es demasiado tímida, debe demasiado a la cultura de otros países, está generalmente poco abierta a las nuevas corrientes culturales (o lo está a veces excesivamente y, por consiguiente, es ásperamente crítica y destructora), incapaz de cualquier manera de imponerse al respeto de la cultura laica y de hacerle competencia en el terreno de las ideas. No es que los católicos estén ausentes en el campo de la cultura. Los profesores católicos de universidad no han sido nunca tantos como hoy: la universidad católica del Sagrado Corazón (Milán), con sus filiales de Plasencia (facultad de agricultura) y de Roma (facultad de medicina), goza de un prestigio merecido y es ciertamente el centro cultural más importante que los católicos tienen en Italia. Hay casas editoriales de alto nivel cultural (4), que publican obras de gran valor (pero en la mayor parte traducciones de obras extranjeras). Se publican revistas buenas, de nivel a veces menos elevado, tanto en el terreno de la cultura general (5) como en terrenos más especializados (6). En filosofía, el "Movimiento de Gallarate", con sus sesiones anuales y la publicación de una gran Enciclopedia filosófica (4 volúmenes), disfruta de una gran

estima. En el sector social, las Semanas Sociales contribuyen valiosamente a la elaboración de la doctrina social católica y a su aplicación a la situación italiana. Sin embargo, el influjo de la cultura católica sobre la vida intelectual de la nación es bastante modesto. Tal vez también a causa de la falta de pensadores, de ensayistas, de novelistas, de artistas católicos de gran relieve. Por ejemplo, en literatura no hay ahora un solo escritor, un solo novelista católico que pueda compararse, no digo con Manzoni, sino aun con Papini, muerto hace algunos años.

La deficiencia cultural tiene resonancia en la prensa diaria católica. También aquí las iniciativas son muchas. De los 92 diarios, 8 son diocesanos, 4 son órganos de la democracia cristiana y 8 son de inspiración católica. Pero la tirada total de esos 20 diarios no es elevada; pasa tal vez un poco de los 500.000 ejemplares, mientras que por sí solo el "Corriere della Sera" se acerca a esa cifra. La gran prensa de información está realmente en manos de grandes grupos industriales y de tendencia laicista (7).

En conjunto, la prensa católica no ejerce en Italia sino un influjo bastante modesto, que no es ciertamente comparable con el de la prensa neutra, laicista y abiertamente anticatólica. Tal vez a causa de una calidad que no siempre es muy alta, pero ante todo por razón de una desconfianza que los lectores italianos muestran para con la prensa católica y de pobre estima que tienen de ella (8).

Una última debilidad del catolicismo italiano está en la crisis que atraviesan actualmente los movimientos de apostolado de los laicos. Esos movimientos, notables por el número, por la estructura de su organización, por su implantación, se resienten empero hoy, más o menos gravemente, de la crisis que afecta a todo esfuerzo de reagrupación comunitaria (particularmente fuerte en un país individualista y rebelde a todo encuadramiento como Italia); padecen también de la dificultad de nuestros contemporáneos a comprometerse, consecuencia del bienestar material que quita el gusto del esfuerzo y del poco tiempo de que disponen los

- (4) Las principales son: *Morcelliana* (Brescia), *Studium* y *Edizioni Paoline* (Roma), *Marietti*, *Borla* y *SEI* (Turín), *Vita e Pensiero* (Milán).
- (5) *Civiltà Cattolica*, *Humanitas*, *Studi Cattolici*, *Vita e Pensiero*, etc.
- (6) *Revista di Filosofia Neoscolastica*, *Jus*, *Justitia*, *Scuola Cattolica*, *Lecture*, *Agglornamenti Sociali*, *Rivista Internazionale di Scienze Sociali*, etc.
- (7) Debiera decir lo mismo de los grandes semanarios de actualidad y de los ilustrados en color, como *Epoca* (480.000 ejemplares), *Tempo* (540.990), *Oggi* (570.000), *Domenica del Corriere* (750.000); ninguno de ellos es católico. Y, sin embargo, su influjo sobre la formación de la conciencia moral es muy fuerte. En este terreno, los católicos no están empero ausentes: algunos ilustrados tienen una tirada notable: así *Famiglia Cristiana* tira 900.000 ejemplares; *Orizzonti*, 150.000; *Alba*, 180.000; *Così*, 320.000; *Il Giornalino*, para los jóvenes, 210.000, y por fin, *Il Messaggero di San Antonio* pasa de 1.600.000 ejemplares. Algunos semanarios diocesanos tienen una hermosa red de difusión.
- (8) Así entre el *Corriere della Sera* y *l'Italia*, entre el *Resto del Carlino* y *l'Avenire d'Italia*, el italiano medio escogerá los diarios no católicos, aunque *l'Italia* y *l'Avenire d'Italia* están verdaderamente bien hechos, de la misma manera que preferirá *Epoca* a *Orizzonti*; la prensa católica le parece demasiado clerical y poco interesante.

hombres y los jóvenes de hoy, especialmente en las grandes ciudades. Sucede así que el compromiso de la base y de la periferia no corresponde a la articulación perfecta y compleja de los órganos centrales y superiores. El número de los inscritos no representa siempre un indicio de vitalidad apostólica, aunque las cifras no sean artificiales o traficadas (lo que sucede a veces). No es solamente en la acción católica y en los movimientos que dependen de ella o que forman parte suya (se trata de una red muy vasta y maravillosamente estructurada de organizaciones con una prensa de nivel notable), sino también en los otros movimientos de apostolado de los laicos, donde se nota una cierta fatiga y a veces un atonía espiritual que lleva a un escaso rendimiento apostólico. La razón hay que buscarla tal vez en la animación espiritual insuficiente de parte de los sacerdotes, capellanes o asistentes; y también en la preferencia dada a los factores exteriores y a la organización sobre la formación espiritual personal.

Perspectivas de porvenir

Tal es la situación religiosa en Italia; el cuadro no justifica ciertamente el optimismo ingenuo de algunos que siguen hablando de Italia como de un país católico en su 99%, en que el fenómeno de la incredulidad, de la pérdida progresiva de la fe y de la concepción cristiana de la vida, de la aceptación más o menos consciente de un neo-paganismo ateo y materialista, serían realidad pasajera o menor. Nos parece, por el contrario, que el fenómeno es grave y alarmante, y que, por consiguiente, urge ponerse al trabajo antes de que sea demasiado tarde.

En la práctica, ¿que hacer? Ante todo, es necesario darse cuenta de la amplitud y de la profundidad del fenómeno de descristianización, preferentemente con los instrumentos que nos ofrece la sociología religiosa: sería estúpido cerrar los ojos ante la realidad por miedo a que no corresponda a nuestra expectativa o que nuestros adversarios se aprovecharan de ella. Una vez conocida la situación religiosa real del país, habrá que pasar a la acción adaptando los métodos de apostolado y dándoles un carácter netamente misionero. Esto significa una renovación radical de la predicación, que debe volver a ser lo que es en los territorios de misión: un anuncio del mensaje evangélico, una invitación a la fe y no solamente una invitación a la práctica cristiana y a la observancia de las leyes morales. De donde la importancia que debe tomar la instrucción religiosa dada de manera metódica en la parroquia, en la escuela, en la predicación popular. La predicación se reduce todavía demasiado frecuentemente a un panegírico barroco, vacío o simplemente moralizador; presupone la fe mientras que se ignoran las palabras mismas o a lo sumo se las conoce vagamente; o bien carece de penetración. Esto significa también que en la formación de los cristianos de hoy ya no podemos apoyarnos en una atmósfera cristiana. Esa atmósfera es hoy combatida o amenazada y el ambiente general es

netamente desfavorable a la fe, más o menos como en los países paganos. El cristiano debe, pues, encontrar en sí mismo la fuerza de reaccionar, no sólo para sobrevivir, sino también para irradiar; su fe debe ser iustrada, personal, adulta: una fe que no es tal hoy, está condenada a desaparecer.

Aquí se pone un grave problema: el de la admisión de los niños pequeños al bautismo sin discriminación, sin las garantías necesarias de que el bautizado podrá recibir una educación verdaderamente cristiana, sea que los padres y los padrinos sean indiferentes, hasta positivamente incrédulos, sea que no haya una comunidad cristiana que esté en medida de proveer a la educación cristiana de ese niño. ¿No sería necesario admitir solamente al bautismo a los hijos de padres cristianos practicantes, que dieran serias garantías para la educación cristiana de esos niños y se comprometieran solemnemente a ello? Una vez que esos niños pequeños hayan alcanzado una cierta madurez, ¿no sería conveniente que, después de un período adecuado de instrucción religiosa más profundizado (que no es ciertamente el que basta para la primera comunión), sean invitados a hacer su elección cristiana, es decir, a hacer del don de la fe recibida en el bautismo una elección personal? ¿No podría ser ese momento el de la confirmación, que así se vería valorizada profundamente a los ojos de quienes la reciben y de todo el pueblo cristiano? Cuanto al matrimonio religioso, ¿por qué no admitir únicamente a él a los que se comprometen a vivir cristianamente su matrimonio y a frecuentar los sacramentos, para que no suceda lo que se produce hoy con bastante frecuencia, a saber, que la confesión y la comunión hechas con ocasión del matrimonio son las últimas de la vida?

Esto exigiría evidentemente un profundo cambio de mentalidad en el clero y en el pueblo italiano, pero pienso que tales medidas serían una sacudida psicológica no despreciable para muchos en quienes el bautismo y el matrimonio son hermosas tradiciones y, ¡ay!, portadores de dicha, pero ninguna otra cosa. El cristianismo será visto entonces como un compromiso personal y no como la simple expresión de una tradición familiar y nacional. Es probable que disminuya el número de los católicos italianos; pero el catolicismo italiano ganaría con ello en vitalidad y en vigor. Por otra parte, hay posibilidades de renacimiento religioso en Italia y son muchas. De hecho, junto a una masa religiosamente tibia y amorfa, hay fuerzas vivas y entusiastas, especialmente en los jóvenes. Ciertamente se trata de pequeños grupos, pero están diseminados por toda la península, son generosos y bien formados. Algunos de ellos, como los jóvenes reunidos en torno a la revista *Il Gallo* (Génova), *Testimonianze* (Florencia), *Il Tetto* (Nápoles), están en posición de vanguardia. De todas maneras, quieren servir de levadura en la masa, pero evidentemente no serán unos pocos franco-tiradores los que cambiarán el aspecto de un país: es toda la Iglesia italiana que debe transformarse dirigiéndose a posiciones nuevas. Está permitido esperar que el espíritu renovador del Concilio la penetrará hartamente profundamente para lanzarla hacia nuevas fronteras.